

EDUCACIÓN Y CONSUMO

Ya están colgadas las bombillas por las calles y así, al igual que con el cambio de horario invernal, nos iremos haciendo a la idea de que llegó la Navidad. Para unos viene cargada de recuerdos y sentimientos. Algunos incluso se dejarán guiar o seducir por aquella estrella que conducía hacia la Luz en medio de las tinieblas. Para otros, carece de sentido alguno o incluso es la perversión de lo más sagrado. Aquella señal del cielo es hoy sustituida por curiosos y sofisticados diseños de luces que nos muestran los nuevos portales y el gran pesebre comercial donde podremos más y mejor comprar la Navidad.

Hablamos de educar para el consumo aunque lo que pretendemos sea lo contrario: evitar la compulsión de adquirir y enseñar que una vida razonada tiene más que ver con nosotros que el consumismo desmedido. Todos sabemos que el objetivo prioritario de estas campañas navideñas son los niños. Reconocemos que la mayoría de estas compras son inútiles, una vertiginosa carrera llena de encantos y reclamos en la que todos, de uno u otro modo participamos. En esos días de magia, ilusión y juguetes soñaremos que por un día, por unas horas al menos, desaparecerán nuestros agobios y sinsabores.

Y, aunque sea repetir la misma cantinela, es bueno pensar que siempre se puede invertir la tendencia natural, empezar de nuevo, puesto que la Navidad no es un día, ni tampoco una mera campaña comercial. ¿Por qué no empeñarnos en variar la costumbre? Aquí hay todo un programa a la vista: vivir en familia los valores en los que creemos. ¿Por qué no obsequiarnos a nosotros mismos con lo que profundamente apreciamos?

Se trata, en concreto, de invertir tiempo familiar en relacionarnos, algo que durante el curso tropieza con las cortapisas de los horarios de cada cual. Compartir las comidas, la tele, el paseo y la complicidad distendida del lenguaje que nos es propio dentro de cada casa. Tiempo para construir familia, para disfrutar de los demás. En el fondo se trata de encontrar la coherencia entre las grandes palabras y el acontecer diario: Navidad y vida cotidiana, familia y pequeños detalles, cosas que van de la mano a poco que nos empeñemos en que se la den.

¿Repartir?, seguramente es un verbo bastante más dudoso que este otro: compartir. No es mera cuestión de lenguaje, implica una valoración distinta de lo que la Navidad es y significa. Desde ese supuesto, los guiños de las bombillas de colores alegrarán la noche pero no engañarán a nadie.